

Extracto del artículo “Un Dios para hoy” de Andrés Torres Queiruga

De la insistencia en la Salvación a la centralidad de la Creación

También por el otro costado, el de la realización positiva, aparece la necesidad de un repensamiento radical.

1) La visión tradicional en las religiones tiende a ver a Dios como el “Señor” que nos crea para que le sirvamos; añadiendo acaso, como en los Ejercicios ignacianos, y para que “mediante esto” salvemos nuestra alma. La realidad se divide entonces en dos zonas: una sagrada, la que le corresponde a Dios, y otra profana, la que nos corresponde a nosotros. A la primera pertenece todo lo “religioso”, es decir, aquello que hacemos para la salvación, tratando mientras tanto de ganar el favor de Dios o de obtener su perdón. En la segunda se mueve nuestra vida ordinaria, “pro-fana” (exterior al templo), que, en el fondo, no interesaría a Dios o que incluso es mejor negar y “sacrificar”.

Comprendo que la descripción es demasiado cruda y esquemática, y de hecho resulta injusta en muchos aspectos. Pero, como toda caricatura, no deja de expresar algo muy verdadero. Por fortuna, también en este caso la teología ha iniciado la superación, sobre todo cuando habla de la continuidad entre creación y alianza o entre creación y salvación. Sin embargo, igual que en el problema del mal, no cabe ignorar la existencia de un vacío entre la afirmación teórica y la realización práctica y vivencial. Sería poco realista desconocer que el dualismo entre lo sagrado y lo profano sigue dominando en buena medida los esquemas del imaginario cristiano, conformando muchos de sus hábitos intelectuales e influyendo los modelos de su praxis.

Urge, pues, llenar ese vacío, buscando una coherencia más plena. Algo que la situación actual a un tiempo pide y propicia. La nueva conciencia de la autonomía humana, por un lado, y la aguda crítica filosófica de la “ontoteología”, por otro, alertan sobre las desviaciones alienantes de este tipo de religión. Una religión que, mirando al cielo, se hace “infidel a la tierra” y que, concibiendo a Dios como un gran Ente (a eso se refiere la crítica de la ontoteología), como Señor que manda y que pide o necesita ser servido, acentúa nuestra “conciencia desgraciada”. Sería antihistórico ver en estas críticas sólo el aspecto negativo de un posible ataque a la religión. En realidad, en lo que tienen de maduración de la conciencia histórica, pueden —y creo que deben— ser vistas como una ocasión para descubrir el rostro más genuino del Dios de Jesús.

Un Dios que Jesús hereda ya como Creador del cielo y de la tierra, pero que enriquece con su vivencia filial, al proclamarle como creador en cuanto que “Abbá”, es decir, como padre/madre que sólo por amor a nosotros nos trae a la existencia y que única y exclusivamente por amor y desde el amor actúa en nuestra historia. Un Dios que por ser Plenitud, no tiene carencias, sino que todo Él es don: que consiste en ser agape (1 Jn 4,8.16) y cuya acción es por tanto infinitamente transitiva, sin sombra de egoísmo, pura afirmación generosa del otro.

Por eso Hegel insistió con toda razón que en el cristianismo era preciso protestar, con más vigor todavía de lo que hicieron Platón y Aristóteles contra el dicho, bastante corriente entre los griegos,

de que los dioses “tienen envidia” de la felicidad humana. Y, desde luego, este Dios nada tiene, ni puede tener, en común con un dios que, como el babilónico Marduk, hace al hombre “para que le sean impuestos los servicios de los dioses y que ellos estén descansados”. El Dios de Jesús no crea para ser servido, sino, en todo caso y si queremos hablar así, para servirnos Él a nosotros (cf. Mc 10,45 y par.). Y si la aplicación parece demasiado osada, escuchemos nada menos que a san Juan de la Cruz: “Porque aún llega a tanto la ternura y verdad de amor con que el inmenso Padre regala y engrandece a esta humilde y amorosa alma —¡oh cosa maravillosa y digna de todo pavor y admiración!—, que se sujeta a ella verdaderamente para la engrandecer, como si Él fuese su siervo y ella fuese su señor, y está tan solícito en la regalar, como si Él fuese esclavo y ella fuese su Dios. ¡Tan profunda es la humildad y dulzura de Dios!”.

2) Claro está, esto no niega sin más la visión anterior, que a su manera sabe también que la gloria y servicio de Dios se identifican con el bien del hombre. Pero introduce un importante cambio de acentos. La idea de creación desde el amor, que se hace única y exclusivamente por nosotros, elimina todo equívoco y rompe de raíz todo dualismo. Hablar de salvación tiende a inducir el pensamiento de que a Dios le interesa sólo lo “religioso”, aquello que se relaciona con Él. En cambio, hablar de creación permite caer en la cuenta de que lo que le interesa somos nosotros, todo en nosotros: cuerpo y espíritu, individuo y sociedad, cosmos e historia.

Para aclararlo con un ejemplo simple: ¿no es eso lo que, ya en el nivel humano, sucede con un padre y una madre normales? Lo que buscan es el bien integral de sus hijos: que tengan salud y se instruyan en la escuela, que sean honrados y tengan lo necesario para vivir... Mucho más, infinitamente más, en nuestro caso. Dios no crea hombres o mujeres “religiosos”: crea simplemente hombres y mujeres humanos. Me atrevería a decir, un poco paradójicamente, que en este sentido “Dios no es nada religioso”. Porque, si la religión es pensar en Dios y servir a Dios, el Abbá de Jesús no piensa en sí mismo ni busca ser servido. Él piensa en nosotros y busca exclusivamente nuestro bien.

Las consecuencias son importantes, porque de esa visión nace un modo abierto y positivo de situarse en el mundo. Resulta evidente que todo lo que ayude a la realización auténtica de nuestro ser y propicie algún tipo de verdadero progreso en el mundo, responde al dinamismo creador. Del mismo modo que se opone al mal, es decir, a todo aquello que impide de algún modo la realización —física o espiritual, individual o social— de sus creaturas, Dios está también volcado en la promoción de todo lo bueno y positivo para las personas y para el mundo.

Nada más opuesto al cristianismo que la actitud negativa ante un avance en la maduración personal o un progreso científico, político o económico en la vida social. Al revés de lo que, por desgracia, ha solido suceder, todo cristiano y toda cristiana debieran situarse espontáneamente al lado de cuanto suponga un avance para la humanidad, conscientes de que de esa manera están acogiendo el impulso divino y colaborando con él. De hecho, cuando la fe logra comprenderse y realizarse así, despierta una enorme sintonía en lo mejor de la sensibilidad moderna. El impacto de una espiritualidad como la de Teilhard de Chardin tiene aquí su verdadero secreto y, pese a ciertos límites, su perenne legitimidad. Lo mismo que, en otra dimensión, sucede con la acogida mundial

que ha tenido la teología de la liberación, con su insistencia en la salvación integral de las personas y de los pueblos.

Hoy mismo la visión de este Dios que al crear por amor, es, en expresión de Whitehead, el “poeta del mundo” que atrae a todos los seres hacia la máxima perfección posible, ofrece el mejor fundamento para algo tan decisivo y actual como son las preocupaciones ecológicas. Sobre todo porque, como había notado Bergson, la idea de creación, justo por ser infinitamente transitiva, no crea objetos pasivos, sino que “crea creadores”, es decir, no sólo nos entrega totalmente a nosotros mismos, sino que nos convoca a colaborar con Él en la construcción del mundo. Algo que acaso debiera ir ya suscitando nuestra creatividad, abriéndola responsablemente a la nueva espacialidad del planeta tierra, e incluso orientar nuestra fantasía creadora hacia su expansión cósmica (que empieza a dejar de ser ficción y puede convertirse en realidad antes de lo que pensamos).

No cabe duda de que para todos los interesados por el destino de la fe en el mundo se ofrece aquí una tarea auténticamente exaltante.